«Picasso», de Vicente Aleixandre

Juan Antonio Gaya Nuño ha hecho el estudio bibliográfico de Picasso en la poesía. Es extenso e interesante. El gran pintor convivió muchos años con los poetas, en la época de las literaturas de vanguardia. Su pintura ha movido a otros autores y, junto a los franceses, no faltan varios de España. Últimamente, dos revistas le han dedicado números especiales: la extremeña y artesana *Gévora* —en Badajoz se mecanografía y tira a ciclostilo gracias al entusiasmo del poeta Álvarez Lencero— y estos PAPELES.

Vicente Aleixandre enriquece ahora esa bibliografía picassiana con un hermoso poema, editado por los Cuadernos malagueños de María Cristina[1], con ilustraciones de zoología rupestre tomadas de la Cueva de Nerja, plástica primitiva que viene así a relacionarse de alguna manera con el pintor nacido en aquella tierra y con el poeta que la asumió en su obra con luminoso y perfecto canto.

El poeta también valoriza la oriundez andaluza del pintor. *El malagueño Pablo*, le nombra, y aun para imaginarlo «envuelto en rojos, verdes, blancos» en continente de lidiador de «un toro no difunto / que una verdad proclama en su bramido». Y más: la ascendencia se remonta a la infancia evocada. Como una cámara cinematográfica que nos presenta diferentes enfoques, diferentes planos de la figura, el poema se aproxima a distintos momentos del pintor. Ahora es el niño en una plaza de la «ciudad del pa-

[1] Ediciones «El Guadalhorce», de Angel Caffarena Such.—Málaga, 1961.

raíso»: un Pablo infantil «entre los verdes de la luz» o bien «entre los destrozados amarillos». En otro enfoque, volvemos a ver, más tarde, la figura agrandada, tal una antigua montaña de tallada roca: «desnudo y cansado. Como un monte ha vivido». Su mano que «asió el orbe», es grande y se tiende en comprensión y amor hacia la vida humana.

Pero no sólo la persona del pintor, sino su propio arte, se vincula, en el poema aleixandrino, a la luz natal: *Época azul* perpetua era el mar lúcido»; «Las tardes descendiendo de Gibralfaro, eterna / *época rosa*».

Es, pues, éste un poema muy *picassiano*, por el encendimiento del color, el material que en algún momento se toca: «la arcilla, el caolín, el barro», los rastros pictóricos y el perfil mismo asumidos. Es, también, muy *malagueño*, hasta históricamente malagueño, historia ni aludida, pero viva, en el nombre de la plaza «que evocadora dicen, no, dijeron, de Riego». La rectificación, tan sencillamente, sirve para suscitar toda una suerte de aconteceres políticos en el curso de los años. Por otra parte, el empleo del verbo *decir* en vez del verbo *llamar* es, en este caso, giro muy andaluz. Finalmente, el poema es muy *aleixandrino*. Quiero decir que por su técnica, su desarrollo y aun su postura humana, se filia fácilmente en el Aleixandre que admiramos en *Historia del corazón*.

L. de L.